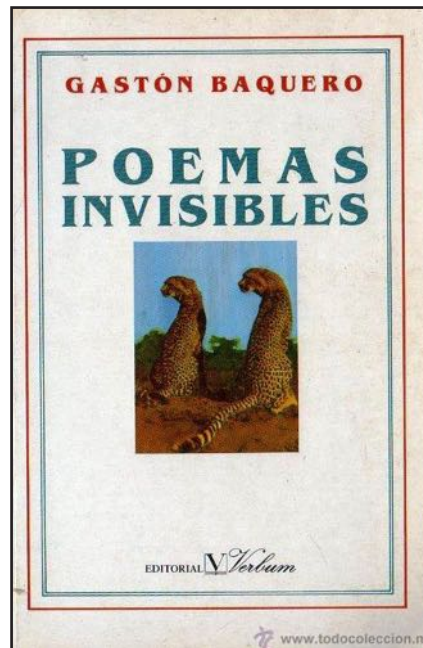
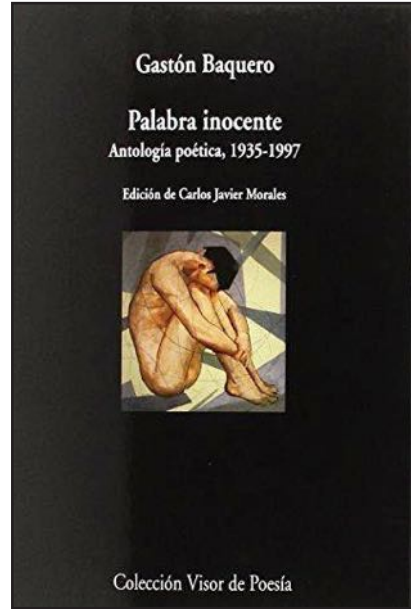
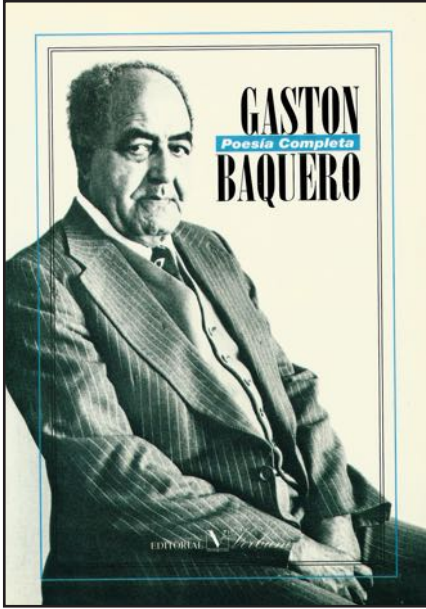


SELECCIÓN LITERARIA

*El pensamiento ha ido a reclinarse
como un ave cansada
en el lecho incesante de la lluvia.*

*Solo con la lluvia y el vacío,
en la soledad incesante de la lluvia,
hablando de ti cristalinamente en el
vacío.*

GASTÓN BAQUERO
[IV, *Poemas de la lluvia*]



POESÍA

Qué pasa, qué está pasando...¹

a Fina García Marruz

Qué pasa, qué está pasando siempre debajo del jardín
que las rosas acuden sin descanso.
Qué está pasando siempre bajo ese oscuro espejo
donde nada se oculta ni disuelve.
Qué pasa, qué está pasando siempre debajo de la sombra
que las rosas perecen y renacen.
Que nunca se desmiente su figura,
que son eternas sombras, idénticos recuerdos
Qué está pasando siempre bajo la tierra oscura
donde la luz levanta rubias alas
y se despliega límpida y sonora.
Qué está pasando siempre bajo el cuerpo secreto de la rosa
que no puede negarse al cielo temporal de los jardines,
que no puede evitar el ser la rosa, precisa voluntad, sueño
[visible.
Qué pasa, qué está pasando siempre sobre mi corazón
que me siento doliéndole a la sombra,
estorbándole al aire su perfil y su espacio.
Y nunca accedo a destruir mi nombre,
y no aprendo a olvidarme, y a morir lentamente sin deseos,
como la rosa límpida y sonora que nace de lo oscuro.

¹De *Poemas* (La Habana, 1942).

Que se inclina hacia el seno impasible de la tierra
confiando en que la luz la está esperando, creándose la luz,
eternamente fija y libertada bajo el cuerpo secreto de la rosa.

Palabras escritas en la arena por un inocente²
(Fragmento)

IV

Bajo la costa atlántica.
A todo lo largo de la costa atlántica escribo con el sueño índice:
Yo no sé.

Llega el sueño del mar, el niño duerme garabateando en la
[arena, escucha, tú velarás, tu estarás, tú serás!
“Sí, es Agamenón, es tu rey quien te despierta,
Reconoces la voz que golpea en tus oídos”.
¿Por qué vas a despertar al rey de las medusas?
¿Qué vigilas cuando todos duermen y no estás oyendo?
Las cúpulas despiertas. Las interminables escaleras de la
[memoria.

Oye lo que canta la profunda medianoche:
Reflexiona y tírate en el río.
De la mano del rey tírate en el río.
Nada como un amigo para ser destruido.
Prepárate a morir. Invoca al mar. Mírame partir.
Yo soy tu amigo.

¡No! Si yo soy tan sólo un niño inocente.
Uno a quien han disfrazado de persona impura.
Uno que ha crecido de súbito a espaldas de su madre.
Pero nada comprendo ni sé, me muevo y hablo
Porque los otros vienen a buscarme, sólo quisiera
Saber con certidumbre lo que pasó en Egipto
Cuando surgió la Esfinge de la arena.

² Íd. ant.

De esta arena en que escribo como un niño
Epitafios, respuestas, los nombres más prohibidos.
Escribiendo su nombre y borrándolo luego,
Para que nadie lea, y los peces prosigan inocentes.
Y los niños corran por las playas sin conocer el nombre
[que me muere.

Soneto a las palomas de mi madre³

A vosotras, palomas, hoy recuerdo
Decorando el alero de mi casa.
Componéis el paisaje en que me pierdo
para habitar el tiempo que no pasa.

La más nívea de ustedes se posaba
a cada atardecer sobre un granado
y nevando en lo verde se quedaba
mientras pasase tarde por su lado.

Fuisteis la nieve alada y la ternura.
Lo que ahora sois, oh nieve desleída,
levísimo recuerdo que procura

rescatar por vosotras mi otra vida,
es el pasado intacto en que perdura
el cielo de mi infancia destruida.

La luz del día⁴

Anoche la luna
sobre tu casa
demoró tanto en irse
que yo entendía

³ De *Diez poetas cubanos* (La Habana, 1948).

⁴ De *Poemas escritos en España* (Madrid, 1960).

estaba allí esperando
que tu salieras
a conversar conmigo
por ser de día.

Y como no saliste
ni de mí acordaste,
y quedé yo sufrido
y ella vio que lloraba,
trajo hacia sí unos nublos
renegridos y grandes;
y entonces anochecía,
y yo ya no sufría,
porque ahí recordaba
que tú sólo apareces
cuando hay luz del día.

La rosa⁵

Taiada⁶ está la rosa
con tu cintura:
yo no sé si es más linda
que tú la rosa.
Pero al mirarla creo
que todavía
es tu color más vivo
que el de su cara.
Y que la rosa piensa,
cuando te acercas,
que tú eres la rosa
y ella la rama.

⁵ Íd. ant.

⁶ Ajustada.

Las estrellas⁷

¡Cuántas estrellas anoche!
¡Yo las veía tan claras y cercanas
como higos de cristal, como frutillas azules!
Me parecía, Teresa,
que todas las estrellas te miraban
con la misma alegría con que te miran
los ojos de mi alma.

Bocarrriba en el campo,
solos la tierra y yo con las estrellas,
yo ponía mis ojos
en el pueblo de ojillos azulosos
que desde arriba podía contemplarte
con tantos ojos como estrellas tiene
el cielo blanco.

¿O serán las estrellas
las orejas del cielo,
por donde arriba oyen
tu cantar cuando hilas
o tu risa en el baile?

¿O serán las estrellas
como un sarpullido
que en la piel del cielo
provoca rasquiñas,
y comezón, y ansias,
y por eso titilan
y brincan las estrellas?

⁷ Nota del autor (NA). En la bella obra de Luis Vélez de Guevara, “La luna de la sierra”, aparecen estos curiosos versos: “que orejas son las estrellas, por donde los cielos oyen”. La idea de que las estrellas son un sarpullido del cielo no es de Sancho, es... de Hegel. El final de este poema es una traducción –una retraducción– del epitafio de Platón a Aster. Se ha traducido del texto inglés compuesto por Shelley, y dice: “tú, desde tu estrella –sabrás quien es mi estrella– ¡Oh, pudiera yo ser cielo –y eternamente verte– con los innumerables ojos –de mis estrellas.

No: son ojos las estrellas,
son miradas, son fiestas.
Yo anoche bien veía
que estaban contentas y felices,
como quien puede mirar desde un collado
a una moza llamada Teresa
mientras va por la cabra
o recoge azucenas.

Y yo quería tener, yo deseaba
tantos ojos como tiene el cielo
para verte con ellos. Yo me sentía
el cuerpo hecho un acerico
de estrellas y de ojos.
Por la piel
me picaban y corrían
todas las estrellas.
¡Pudiera yo ser cielo
y eternamente verte
con los innumerables ojos
de mis estrellas!

Madrigal para Nefertiti⁸

Tiempo vencido el del amor secreto.
El que remonta siglos, permanece
Tras la urna de púrpura, visible
Sólo para la luna roja de septiembre.

¿Desde cuándo, Doncella, te enamoran
Los humildes silencios, las tímidas miradas
De unos viajeros que se suceden, tristes
Porque han de abandonarte en cuanto llegan?

⁸ De *Memorial de un testigo* (Madrid, 1966). NA: *An die ferne gelible*, de Beethoven.

Los cielos que te vieron iluminar la noche,
Los ríos que sintieron el peso de tu cuerpo,
Las ciudades perdidas, los guerreros ansiosos de morir,
¿Qué han sido para ti, oh Impasible?

Yo he pasado también junto a tus ojos,
Y he sentido el desdén, la frialdad, la malicia:
Nada podía apartarme de tu contemplación, pero he sufrido
Como sufrieron los fascinados por ti hace mil años,
Y como sufrirán los jóvenes amantes del milenio futuro.

Yo he escuchado la música secreta que sale de tu corazón:
Un dulce aviso envuelto en frases crueles. Un enigma
Que alimenta la vida y hace olvidarla, eso es amor.
La melodía que arrastra gozosamente hacia el jardín de los
[difuntos,
Eso es amor.

¡Desvía la mira y prosigue, viajero; no te inclines
Demasiado sobre el incendiado verdor de estos abismos!
Es el secreto amor el vencedor del tiempo.
El amor nunca dicho, el reservado a las doncellas talladas en
[granito,
El amor que no estalla en lumbres ni en miradas.

Pienso en ti desde lejos, recuerdo, redescubro
El mensaje piadoso que hay en tus desdenes.
Aún guardo en las yemas de los dedos el rosado calor de tus
[mejillas.
Soy el que un día levantó sus manos hacia ti, rozó tu rostro,
Y creyó mudarse para siempre al remoto país donde sonríes.

Nunca te dije adiós. Junto al nacimiento de tu cuello,
Acaso sea visible en las noches de luna la huella de una herida:
Triste y gastado es el mundo, viejo e insípido el ritual de los
[besos,
Pero el recuerdo, oh Hermética, oh Imperiosa, oh Indestructible,
Remonta por los siglos, y renace encandecido
Cuantas veces se acerca un hombre enamorado
Al dulce cementerio de tus labios.

El mendigo en la noche vienesa⁹

No puedo olvidar aquel mendigo,
de pie orgullosamente en un rincón de la noche,
clavado frente a las rojas cúpulas de San Carlos,
mientras iba y venía indiferente la majestad
de la noche vienesa.

No puedo olvidar su gesto de Carlomagno, su barba
blanquísima y autoritaria, su talante de archiduque de la
[resignación,
ni su mano tendida en forma que parecía ordenar se le hiciese
[caridad,
como si él fuese el emperador de los pobres y la cúpula de la
[miseria.

Su inolvidable silencio, golpeador, despertante, molesto
[silencio
de quien está por dentro henchido de verdades y desdén
[decirlas,
se adelantaba al paseante de la noche, lo sitiaba, e iba
[zarandeándole
hasta dejarle sin respiro, atormentado, temiendo y odiando
a aquel mendigo tan próximo, a aquel navío inmóvil,
que presidía frente a la columnata espectral de San Carlos
el deslizamiento enlutado hacia el vacío
que es la noche vienesa.

El perentorio discurso del silencio, o su mirada
tenaz como un enfermo asido a la última esperanza,
decían que el mendigo no reclamaba monedas en su mano
[tendida,
que él no estaba allí para solicitar una habitual caridad:
era otra cosa la que su desesperada paciencia mendigaba,
era un oro distinto lo suplicado por él.

⁹ Íd. ant.

Y su poderoso silencio gritaba a las entrañas del paseante,
con el mismo decoro señorial con que Pascal gritaba;
callado el mendigo lloraba tenazmente en la noche un himno
que sólo el oído de los huesos podía escuchar,
que sólo una poderosa voluntad de compasión y de orgullo
podía rescatar de entre los fúnebres sonidos
de la noche vienesa.

Pues el mendigo pedía una pequeña alianza a los humanos,
un momentáneo socorro contra la soledad largamente padecida.
Y era como un guerrero negado a entregar su estandarte,
como un soldado que sabe lo imposible de combatir solo, y no
[quiere rendirse,
y desafiando al cielo y al infierno persiste en suplicar,
y vuelve los ojos a todas partes cuando es más dolorosa la
[batalla,
y sólo sombras descubre en derredor,
hundida en sombras de súbito la noche vienesa,
y hecha sombras la noche total del universo,
y allí aquel mendigo, fiero testigo en pie, con la mano tendida
[hacia la nada,
acompañado solamente
por las abrumadoras sombras de su soledad y de la soledad que
[ve en los otros.

Y nadie, nadie puede ayudarle, ni hacerle la caridad que
[mudamente pide,
ni hoy ni mañana ni nunca,
porque al hombre le es fácil compartir sus monedas,
pero a ninguno le es dado pelear contra la soledad de un
[semejante.

Epicedio para Lezama¹⁰

Tiempo total. Espacio consumado.
No más ritual asirio, ni flecha, ni salterio.
El áureo Nilo de un golpe se ha secado,
y queda un único libro: el cementerio.

Reverso de Epiménides, ensimismado
contemplabas el muro y su misterio:
sorbías, por la imagen de ciervo alebestrado,
del unicornio gris el claro imperio.

Sacerdotes etruscos, nigromantes,
guerreros de la isla Trapobana,
coregas de Mileto, rubios danzantes,

se despidieron ya: sólo ha quedado,
sobre la tumba del pastor callado,
el zumbido de la abeja tibetana.

Pensamientos de primavera para cualquier tiempo del año¹¹

*En este mundo en cuya jaula el tiempo
es el pájaro solo y sin sueño.*

ROSAMEL DEL VALLE

He venido a la hora que precede al alba;
en silencio he venido, y quedamente;
en cuclillas, como un ibis anciano me he puesto a contemplar
el rostro cerrado de esta flor tan rara,
traída quizás de los remotos jardines de Alejandría,
o quién sabe si de un viejo cementerio en el Camerún,
—¡nadie dice de dónde viene nada, de dónde y adónde!—

¹⁰ De *Treintaidós magias e invenciones*.

¹¹ Íd. ant. NA: *Sonata para cuerdas no 1*, de Rossini.

y he quedado ante ella fijo como el eje de la tierra,
olvidado del tiempo antes olvidado por mí, libre y solo,
por asistir al diario sorpresivo nacimiento,
al instante en que abriría ante el sol sus túnicas de nieve,
su corazón de muchacha enamorada.

Vine antes del alba,
y no he apartado un segundo los ojos
de esta hermética campánula dormida;
he sentido acercarse a paso quedos
el andar delicadísimo del amanecer,
ese blanco jinete que cabalga sin visible corcel, y sin ruido,
ese que avanza temeroso de destruir el sueño y lo soñado
bajo el cobijo maternal de la noche, y se esparce tenue,
inapresable, doliéndole la crueldad de despertar a los humanos.

Vino el amanecer, y luego el ruidoso
carro rojo del sol, y yo era inmóvil,
el Ibis milenario junto al estanque de Isis,
en espera del instante en que la flor se abriese;
y de pronto ya era el mediodía,
porque el cielo restallaba de flautas melodiosas,
y el sol en su gran trono cantaba los himnos de la fecundación,
poderosos pianos amarillos incendiaban de música la tierra.

[Y abierta,
abierta la flor me miraba, sabiendo que yo no había sabido
cuándo abrió su corazón,
ni cuándo arrojó a los aires sus túnicas blanquísimas.

Me miraba la flor, me sonreía o desdeñaba,
y me llamaba hacia dentro de sí, como si fuera un palacio
[deshabitado,
un interminable camino rojo bordeado
de vibrantes espadas.
Y yo descendía, descendía feliz,
río abajo del tiempo en busca de la flor inalcanzada,
cuando ya el sol decía adiós a los últimos enamorados del
[jardín,
cuando ya se escuchaba en lo lejano el redoble
de los tambores luctuosos de la noche.

Al otro día, al otro lado del tiempo,
antes del alba, yo estaba allí de nuevo,
contemplando eternamente la misma flor,
y sintiendo cómo el alba se aproximaba,
y cómo traía cada vez más suaves sus pisadas,
y más tristes, más tristes sus caricias
para la piel reseca de la tierra.

Imagen de África¹²

Leopoldo Sedar Senghor, Senegal

Tokowaly, tío mío, ¿te acuerdas de las noches de antes,
cuando mi cabeza te pesaba en tu espalda
llena de paciencia,
o dándome la mano tu mano me guiaba
por tinieblas y signos?
Los campos son flores de guanos brillantes,
estrellas se posan en las hierbas, en los árboles.
Hay silencio alrededor: sólo zumban
los perfumes del matorral,
colmenas de abejas rojizas que dominan
la vibración endeble de los grillos,
y, velado tam-tam, la respiración a lo lejos de la noche.

Tú, Tokowaly, tú escuchas lo inaudible,
y me explicas lo que dicen los antepasados
en la serenidad marina de las constelaciones:
el Toro, el Escorpión, el Leopardo, el Elefante, y los peces
[familiares,
y la pompa láctea de los espíritus, desplegándose
por la cascada celeste que no termina.

Pero aquí está la inteligencia de la diosa Luna, y caen los velos
[y las tinieblas.

¹² De *Poemas africanos*.

Noche de África, mi noche negra,
mística y clara, negra y brillante.

Ifigenia en Áulide¹³

El viento, siempre el viento detenido
más lejos que las naves presurosas;
todo el clamor se rinde perseguido
por implacables voces tenebrosas.

La sangre como un mar, como un gemido
comienza a incorporarse rumorosa;
la playa se traspasa a cielo conmovido
que albergara a una tropa silenciosa.

Y el cuerpo de Ifigenia entra la blanca
señal de aquella muerte que es más breve,
ya comienza a ascender, ya se levanta

sobre el prado sonoro de su nieve:
el viento, el viento eterno libertado canta
desatando en la corza el paso leve.
[1940]

¹³ De *Poemas de otro tiempo* (1937-1947).

ENSAYOS

El descubrimiento español de América

Gastón Baquero

Existe como un temor, hijo de la incultura, a tratar “en profundidad”, como se dice tanto ahora, el tema del Descubrimiento de América. Quiere ese temor, nacido también de un erróneo concepto del patriotismo, que no se mencionen ciertos hechos históricos ni ciertas palabras en derredor de este asunto. La más odiada de todas esas palabras es ‘vikings’, en sí misma y en su variante de Vinlandia. Incluso se llegó, por algunos, a ver con cierto recelo el enorme trabajo del profesor español don Juan Manzano sobre el preDescubrimiento de América, o sea, sobre el protonauta de quien recibió Colon “el secreto”, la seguridad de unas islas y hasta de una tierra firme que estaba, en efecto, allí donde desde hacía tanto tiempo antes de ellos se venía sonando primero, y afirmando después, que existía, o bien el Asia visitada en dirección opuesta a la habitual, o bien un Mundo Nuevo.

Al genio de Raimundo Lulio se le hizo claro, por la detenida observación de las mareas en las costas de Bretaña, que “del lado de allá” tenía que existir no ya un islerío, sino una masa continental enorme. Para el hombre común, para los navegantes en primer término, por supuesto, se fue haciendo, un siglo después, más y más evidente el hecho, sobre todo desde el Descubrimiento portugués de las Azores en 1432. ¿Se tiene hoy una idea siquiera aproximada de lo que era hasta aquella primera mitad del siglo XV lanzarse a la mar, fuese en busca de tierra y puertos o en busca simplemente de pesca? La ciencia náutica de los europeos estaba poco menos que en pañales. A los más

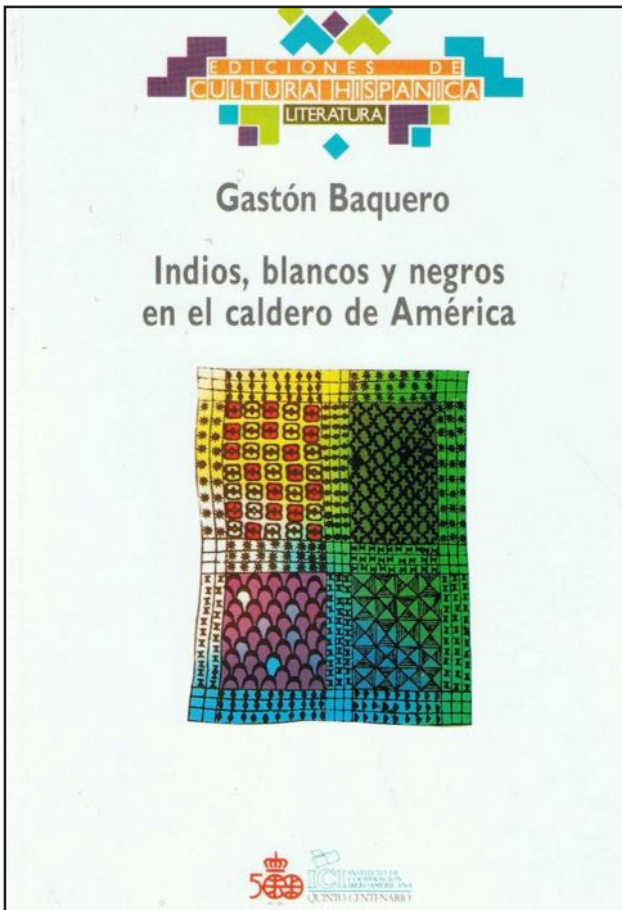
les valía el empirismo propio y el acervo de la experiencia ajena. La lectura de una buena historia de la ciencia náutica puede ayudarnos mucho –como el libro modelo de Julio Rey Pastor sobre el Descubrimiento– a afrontar este tema de “quien llegó primero al Nuevo Mundo”, con un mínimo de sindéresis y de serenidad, esas dos virtudes que tanto nos faltan a las gentes hispánicas. ¿No se comprende que en tantos y tantos siglos como lleva el hombre batallando con el mar, con embarcaciones no siempre tan rudimentarias como imaginamos, ni siempre tan ayunos de conocimientos científicos como creemos, forzosamente se produjeron innumerables casos de pérdida del rumbo, de arrastre por las tormentas, de naufragios?

El caso de las Azores puede servir de ilustración al posterior de América: antes de los portugueses, en 1432 ó 35, muchos navegantes conocían las islas, que aparecen en un mapamundi catalán de 1375. Pero nadie había incorporado estas islas a una nación, nadie se había instalado allí para descubrir, colonizar, asimilar a otra civilización los territorios. Y es de esto de lo que se trata: de la incorporación. Los chinos, con el famoso Hoang-Ti al frente, estuvieron en la actual Centroamérica por el siglo VIII de nuestra era. Llamaron a aquello “Tierra de las Mujeres”, váyase a saber por qué. Pero ¿qué efecto tuvo esta presencia china para los mayas o quichés de entonces, o qué efecto produjo en China este viaje? El saber de catalanes y mallorquines en materia de náutica, siglos antes de Colón, es asombroso. Para no hablar de los árabes en este terreno, donde, como en tantos otros, han resultado saqueados y luego ignorados adrede, cabe recordar lo que antes de Colón eran las correrías o periplos de marinos vascos, gallegos, cántabros por los mares más remotos. Toda esa gente de mar tuvo que “tropezar” alguna vez con costas del Nuevo Mundo. De los marinos del norte de Europa, vikingos por delante, hay innumerables pruebas de su paso por estas o aquellas tierras. Samuel Eliot Morison, uno de los grandes conocedores y admiradores de Colón, publicó en 1971 un maravilloso libro sobre los viajes por el norte del Nuevo Mundo entre el 500 y el 1600, considerando este periodo como el de mayor seguridad documental, y dejando muy a un lado, aunque lo menciona, el tiempo que podemos llamar fantástico de las viejas navegaciones por América, las de fenicios, egipcios y gentes del Mediterráneo europeo. Hoy en la historia del arte comienza a estudiarse la “correspondencia” entre formas griegas y etruscas y formas del mundo americano, y se presta más y más atención a estudios como el de Louis Kervran sobre

los bretones y los celtas en general como adelantados de los vikingos en América. El Descubrimiento del cubano Alberto Ruz, en una pirámide maya, del enterramiento de un hombre blanco, gigantesco comparado con la estatura promedio de los hombres de aquellos reinos, abre otro camino a la búsqueda de “correspondencias” o relaciones protohistóricas, no arcaicas, del mundo americano con el resto de los continentes. El profesor Jacques de Mahieu ha publicado un apasionante y muy sereno libro sobre los ‘drakkars’ en la región amazónica, planteando seriamente el problema de los vikingos, no ya en el norte, sino en Suramérica. Y a Gene Savoy se le debe el reportaje minucioso sobre la identidad o máxima semejanza en las religiones de aztecas y de incas, en su libro *On the trail of the feathered serpent*, que hacía mucha falta, pues resulta difícil creer que no existió nunca comunicación entre las grandes culturas del hemisferio. (A propósito del 12 de octubre: ese día estaba inmemorialmente dedicado, tanto entre los aztecas como entre los incas, a festejar ;a los dioses que llegan!)

Pero todo eso, que no es sino una millonésima de lo que se conoce en torno a si fue o no algún europeo o algún asiático antes que Colón al Nuevo Mundo, no tiene nada que ver con el valor histórico que desde siempre se le ha asignado al Descubrimiento de 1492 por los españoles. Tuvo completa razón López de Gómara cuando dijo lo tan repetido ya de que ese Descubrimiento es, después de la venida y muerte de Cristo, el hecho más grande que recuerda el género humano. Porque los otros, los innumerables casos de marinos tocando esporádicamente por fuerza o por su voluntad en alguna de aquellas tierras, no tienen continuidad ni nada que ver con la historia moderna, que es la nuestra. Ninguna de aquellas arribadas ejerció influencia en la historia de la humanidad. Del mismo modo que en los observatorios astronómicos chinos se “detectó” la conmoción estelar producida cuando el nacimiento de Cristo, y el cristianismo no llegó a China sino muchos siglos después, el efecto América, la reacción del enriquecimiento del mundo conocido no se produjo sino a partir del siglo XVI. No se trata de tropezar con una cosa, sino de buscarla para incorporarla. Lo que convierte en una hazaña única en la historia el viaje colombino es el gran proyecto, el ensueño de Isabel la Católica por cristianizar la parte del orbe que permanecía “en las tinieblas”. Lo que hace del 12 de octubre de 1492 una fecha magna en la historia universal es el proyecto isabelino de incorporación a la cristiandad de lo que se hallase. El resto no cuenta. El Nuevo Mundo, inédito hasta

entonces a los efectos de convivencia e interinfluencia con las otras tierras y culturas, entró en la historia de la mano de España. Hasta 1492, ni vikingos, ni fenicios, ni egipcios, ni bretones o celtas, ni chinos, ni marinos vascos o gallegos, pensaron en aquellas tierras como en un entorno para vivir permanentemente. Nadie había ido allí para quedarse. A partir de 1492 comenzaron a ir gentes con otro proyecto de vida, con otro sentido de la historia. Gentes que incorporaron América a la historia universal. Eso fue todo. (1986)



EN UN LUGAR DE AMÉRICA, EL 11 DE OCTUBRE DE 1492

I

Parece ser condición universal de los humanos una cierta capacidad de premonición de los grandes acontecimientos. Poco antes del nacimiento de Cristo, multiplicáronse las señales, las inquietudes, los “avisos” de que algo muy singular estaba al producirse... Hoy, gracias al esfuerzo de los investigadores y a la interpretación correcta de los primeros relatos sobre el Nuevo Mundo, sabemos que desde hacía cierto tiempo —acaso una o dos generaciones antes— las gentes que vivían al otro lado del mar europeo presentían el gran cambio que se produciría en sus vidas. Lo presentían y lo deseaban.

Dada la diversidad de culturas, de grupos humanos, de sensibilidades, es lógico que variase la intensidad de las intuiciones. En los grandes centros de las culturas superiores era donde se agitaba una conciencia, cada vez más angustiosa y más cierta, de la novedad que se aproximaba. Y dentro de esos grandes centros, a su vez, era en las élites intelectuales, entre los pensadores y los artistas, entre los poetas, músicos y pintores, donde más punzante se patentizaba la seguridad de un inminente cambio. Diríase que sentían el lento girar sobre sus goznes de la gran puerta de la historia. Adivinaban que algo trascendental, ajeno a sus voluntades y deseos, avanzaba sobre ellos en forma inexorable.

Miramos hacia América, siempre al resplandor del 12 de octubre. Esto nos da del Nuevo Mundo una perspectiva ya europea, hispánica ya; juzgamos toda la historia posterior a la luz del Descubrimiento, y esto hace inevitable el juicio por comparación, no el juicio en sí, objetivo. ¿Qué tal si nos preguntáramos, para observar aquel escenario bajo una luz distinta, qué era América el 11 de octubre de

1492? Creo que este cambio de perspectiva tiene alguna eficacia, no sólo porque nos permite ampliar un tanto nuestro criterio sobre el valor de la obra española en América al no subestimar al indígena tanto como es habitual hacerlo, sino también porque nosotros, habitantes de la Tierra, pobladores hoy de este planeta –minúsculo miembro de un sistema que a su vez es minúscula porción de una galaxia, que a su vez...–, vivimos ahora exactamente en la actitud metafísica, política, social, literaria, en que vivían los pobladores de América el día 11 de octubre de 1492.

II

Es realmente asombroso cómo, por la fascinación ejercida por un hecho tan notable como la conquista y civilización españolas de América, no nos hayamos todavía acostumbrado a detenernos un poco más en el conocimiento de los seres y de las colectividades a quienes los españoles transformaron.

Se tiene, por lo general, una visión tan errónea de lo que era América aquel 11 de octubre, que sólo podemos explicárnosla con un ejemplo: si ahora llegara desde otro planeta una expedición y desembocara en una pequeña aldea africana, o incluso en algún rinconcillo de ciertas áreas rurales europeas, ¿qué pensarían de nuestra civilización los visitantes? Habría que leer sus primeros mensajes y relaciones del Descubrimiento a su país de origen. Ellos no se habrían podido enterar de la existencia de las grandes capitales, de la ciencia, de la religión, de la filosofía, de la literatura terrestre. Tendrían por muy rudimentarios a los pintores y a los músicos. La incomunicación del idioma les impediría por mucho tiempo percatarse de que estaban en presencia de seres con un repertorio de ideas, de tradiciones, de símbolos. El significado de la vida de los indígenas, nosotros, se les escaparía por completo. Y si, como es muy probable, nuestros próximos visitantes extraterrestres llegan en son de búsqueda de nuevas provincias y reinos para sus imperios, no dedicarán su tiempo a estudiarnos, sino que se apresurarán a dominarnos y a enseñarnos lo que para ellos es el summum de la inteligencia, de la moral y de la ciencia.

La llegada de los españoles a América fue recibida con una mezcla de júbilo y de temor por las naciones y reinos. Hallábanse todos los reinos aterrorizados por un “peligro mundial”, el de la in-

vasión progresiva y tenaz de los caribes, y los guardianes de las altas culturas veían con dolor cómo era muy posible que, de no intervenir la divinidad, una fuerza trascendente, las guerras internas, la insensatez de los hombres, la invasión enemiga, el “peligro mundial” en una palabra, iban a dar al traste de un momento a otro con siglos y siglos de esfuerzos y de superación.

Era cierto que aún quedaban en el Hemisferio zonas salvajes, vergüenza de todos; era cierto que, pese a las tenaces recomendaciones, aún subsistían aquí y allá restos de antropofagia; era cierto que el nivel de vida de los grandes núcleos humanos resultaba inferior al de las élites, y esto irritaba a sacerdotes y economistas, porque servía de cebo a los perturbadores y a los enemigos extranjeros para provocar conflictos y hasta guerras. Pero frente a eso, la civilización, en general, avanzaba. Los sacrificios humanos por motivos religiosos disminuían, tal como ocurría en Europa. (¿En qué año fue quemada Juana de Arco?). La esclavitud sólo quedaba ya para los enemigos capturados tras la victoria: exactamente como en Europa. Las torturas, el desmembramiento del cuerpo en máquinas terribles, sólo eran aplicados ya en casos de grandes jefes tomados al enemigo. (¿En qué año se llevó a cabo el “Juicio de Nuremberg”?). El tormento al prisionero para hacerle confesar, ¿no era una práctica normal en los medios más civilizados de la Tierra? Y en cuanto a la moral, los reinos hallábanse dando una fuerte batida a las malas costumbres. Dependía del grado de civilización la dosis de energía aplicada en la restricción de los pecadores mayores. Es muy posible que el mismo día y a la misma hora estuviesen quemando vivo por sus malas costumbres sexuales a un señor en alguna plaza española, italiana o francesa, y a otro de idénticas inclinaciones en alguna plaza peruana o mexicana. Hacia finales del siglo XV Europa se encontraba agitada por grandes aires de renovación y de innovación. Lo propio ocurría en América. Y cuando decimos Europa, nos referimos a los grandes centros de cultura, a los medios representativos de la civilización. Esa misma óptica hay que tener para aquella América: en los medios superiores, que aparecían diseminados por el hemisferio, los sacerdotes y los guerreros hallábanse en gran actividad. Cada día eran más los que creían en un único Dios Creador, y en un Paraíso y en un Infierno para después de la muerte. Y cada día eran más los que creían en la Resurrección, y más los que practicaban el estar alerta, con las armas en la mano, frente al enemigo... Quedaban núcleos de supersticiosos,

de salvajes, de gente inculta y cerril, pero ¿cuántos siglos iba a necesitar todavía Europa para liberarse de la hechicería, de los hombres transformados en animales, del miedo a los fantasmas y a los filtros amorosos o de muerte?

No estoy exponiendo un paralelismo total, una identidad, entre la Europa de 1492 y la América de ese año. Señalo simplemente la existencia de una América en trance histórico mucho más delicado y significativo de lo que acostumbramos a reconocer. Había allí una crisis, una decadencia, un fin de época. América, en suma, hallábase madura para la nueva vida del cristianismo, pues la crisis de sus religiones era profunda. Como hallábase Europa madura para el Descubrimiento, pues resultábale asfixiante ya la capacidad territorial en que se movía, y asfixiante el cerco de sus enemigos. Europa estaba acorralada, geográfica, económica y militarmente. Había hecho crisis la religiosidad medieval, y en los grandes centros de cultura se volvían los ojos hacia otras épocas. El Descubrimiento de América fue el encuentro de dos grandes crisis: una de crecimiento, la europea, y otra de decadencia, la americana. Las dos ramas se necesitaban recíprocamente. Y los dos mundos, gracias a ese encuentro, superaron sus crisis, y hallaron nueva materia prima para seguir tejiendo el tapiz de la historia.

III

Aquellos remotos parientes nuestros —y nos referimos, naturalmente, a los grupos representativos, a los portadores de alta cultura, y, por tanto, “radares” capaces de adivinar un cambio profundo—, hallábanse viviendo bajo el desasosiego de una universal inseguridad. Todo lo que se sabía de algún país vecino era noticia perturbadora. Los viejos no acertaban a comprender qué era lo que le ocurría a la juventud, para que se hubiese vuelto, en unos pocos años, tan contraria a las tradiciones, tan rebelde sin motivo justificado (justificado a los ojos de los viejos), tan inquieta y desagradable.

En tanto que los viejos vivían sus últimos días aferrados al ayer, y proclamaban a cada paso que todo tiempo pasado fue mejor, los jóvenes, la generación venida al mundo al final de la última gran guerra con el país vecino, sólo confiaban en los tiempos futuros. Los nacidos hacia 1472, lo mismo si vieron el Sol en tierras aztecas o en

tierras araucanas, habían perdido casi por completo la devoción al planeta Venus, y cada vez era más difícil llevarles a cumplir con los dioses. La Luna y Sol se quedaban sin prestigio mágico a paso de carga. Era evidente que la juventud del Tahuantisuyo, como la de los territorios náhuatl o tolteca, sentía, por una parte, como un complejo de culpabilidad por pertenecer a una civilización que había llegado a tales extremos de incapacidad organizativa, de autoritarismo y de retraso social, y, por otra, se sentía llamada a realizar ella los grandes avances y transformaciones que sus padres y abuelos no habían sabido ni intentar siquiera.

La falta de comunicación entre las generaciones era el máximo dolor de los sacerdotes. La incredulidad se había apoderado de los niños, y una precocidad realmente extraña, venida indudablemente del cielo, transformaba aun a los más pequeños en seres que sólo reaccionaban alegremente ante lo más nuevo. Los reinos eran recorridos por augures que no se cansaban de inventar fábulas sobre supuestas novedades que estaban al producirse. De esas novedades, la mayor era –¡cosa absurda y que mucho hacía reír a los viejos!– la inminente llegada de unos hombres provenientes de otro mundo, probablemente desprendidos del planeta Venus, viajeros en unas extrañas máquinas. A esos hombres –¿o serían monstruos?– y a sus máquinas representaban de continuo, en sus fantasías tan incomprensibles, los pintores de la última hornada.

IV

¡Los pintores y los poetas! ¡Cuánta locura y dificultad para entenderlos! La poesía particularmente, que fuera por tanto tiempo el himnario, el libro de amores, la canción de cuna, se había vuelto una cosa extraña, sibilina, indescifrable. “Es lo moderno”, decían los jóvenes como única explicación. “Lo sentimos así, y así escribimos”, añadían cuando se dignaban explicar un poco más. Y ante los ojos cansados de los ancianos, aun de los más cultos ancianos de cada reino, desfilaba una pintura recién creada, que no decía nada a su sensibilidad.

En el hecho, para mi indudable, de la intensa crisis espiritual vivida por los naturales del Nuevo Mundo en las vísperas del Descubrimiento, radica la explicación de la dificultad afrontada hoy por

quienes intentan descifrar los códices y pinturas precolombinas. No se trata tan sólo de que no entendamos el idioma o el lenguaje simbólico, pues está perfectamente estudiado el lenguaje de cada región. Se trata de que el arte había llegado a una abstracción y concentración tales, que presenta para nosotros la misma dificultad que tendrán en su día los hombres de Marte o de Venus para comprender la música de un Anton Webern, o la pintura informalista. La abstracción no quiere decir forzosamente una etapa superior, sino sencillamente una necesidad espiritual de buscar, con intensidad, con concentración exagerada, la explicación para un misterio.

Si los poetas y pintores de mediados del siglo XV en el Nuevo Mundo eran tan oscuros, débese a que tenían ante ellos, como horizonte, una gran oscuridad histórica, una incertidumbre que los llevaba a ensayar las más recónditas respuestas para sus interrogaciones. El arte de los viejos maestros, señaladamente en la escultura, ya no les decía nada. Había entrado en crisis su relación con las aves y con las nubes, con el dios del fuego y con el maligno que pactaba todavía con sus abuelos. Ellos se habían quedado sin dioses y sin elementos naturales vigorosamente recibidos; habían perdido la luz. Su sensibilidad estaba tendida, como un arco tenso, hacia el futuro inmediato; ellos, los jóvenes, presentían la llegada de algo excepcional. Todo iba a cambiar en derredor suyo, lo adivinaban, lo sabían ya, y el cambio lo anticipaban en la revolución estética, en la selección de nuevas formas para expresar un alma nueva. Los poetas favoritos, los de la nueva ola, decían al alma atormentada de la generación más joven cosas como éstas:

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra, ¡ay!?,
¿acaso para siempre en la tierra?

Hasta las piedras preciosas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas finas se
desgarran.

¿Acaso para siempre en la tierra?
¡Sólo un breve instante aquí!

Este poema del rey Netzahualcóyotl, el amado por Darío y por la Mistral, el traducido con amor por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl,

¿no nos recuerda a T. S. Eliot? En los poemas largos del rey poeta trasúntase el mismo sentimiento de desolación que hallamos en *La Tierra Baldía*. Es impresionante el “sabor” de modernidad, de actualidad, que tiene la poesía precolombina:

— Ya cayeron en lluvia las flores, comience el baile,
oh, amigos, aquí, en el Lugar de los Atabales.
¿En espera de quién estamos, a quién echa de
menos nuestro corazón?
— Oíd, ya baja del interior del cielo, ya viene a cantar,
ya le responden los niños que vinieron a tañer la flauta:
— Yo soy Cuauhtencoz y sufro desamparo:
sólo con tristezas he aderezado mi florido atabal.
¿Son aún, acaso, fieles los hombres? ¿Son fieles nuestros cantos?
¿Qué es lo que perdura incólume?
¿Qué hay que llegue a feliz éxito?
Aquí vivimos, aquí estamos y aquí sufrimos, oh amigos.
Por eso he venido a cantar:
¿Qué decís, oh amigos, de qué tratáis aquí?
— Al concurso enflorado llega el forjador de cascabeles:
yo vengo a cantar entre llantos a la casa hecha de flores:
si no hay flores, si no hay cantares,
aquí en mi casa todo es hastío...

En este y en otros muchos poemas de la época se siente palpitar la crisis religiosa. Ellos, como tantos contemporáneos nuestros, habían perdido la ligazón, la unión espiritual. Todo se les volvía interrogaciones y dudas, búsqueda, dificultad, misterio. El arte oscuro es una explicación clara de la oscuridad exterior.

V

La religión había hecho crisis, incluso dentro del clero. Los sacerdotes jóvenes estaban ansiosos por modificar las viejas, las gastadas prácticas, que habían conducido a la rutina y al anquilosamiento de los dioses. Era cierto que después de las últimas guerras se había producido una revolución profunda, y habían sido abandonados los procedimientos tiránicos por parte de los gobernantes. También era

cierto que se abrían paso las nuevas tendencias filosóficas y morales, apartándose ya los centros de alta civilización de aquellas horrendas prácticas que tanto avergonzaban a los jóvenes intelectuales: la antropofagia estaba prácticamente superada, el sacrificio de mancebos y doncellas comenzaba a caer en desuso, y, por fin, se admitía la ofrenda de animales a los dioses.

Rompiendo con la tradición de los conventos o templos cerrados, los sacerdotes de la última promoción lanzábanse a la calle, recorrían ciudades y reinos, predicaban ansiosos. Querían poner contención a la decadencia de las costumbres, a la inmoralidad, al pesimismo que conducía a los jóvenes a mostrarse como arrogantes e impertinentes desafiadores de la sociedad. Los sacerdotes sabían que la cínica conducta de los jóvenes era una manera de manifestar el oculto temor por la inseguridad del mañana, así como una protesta general ante la resistencia de los mayores a modificar la sociedad en que se vivía; pero ellos no podían alentar tantas demostraciones de incultura, de grosería, de arrogancia. Ni atenuaba el defecto el que se supiera que en todos los reinos de los jóvenes venían conduciéndose de igual manera: hasta entre los disciplinados iroqueses –¡y ya esto era el colmo!– se daban casos de grupos de adolescentes que luego de bailar frenéticamente las modernas danzas, se daban a la tarea bárbara de destruir las cosas bellas. De norte a sur, por todos los reinos, multiplicábanse los signos (cada cual dentro del matiz correspondiente a su grado de cultura y a su experiencia de la vida) de que los viejos moldes no eran ya admitidos como vaso o continente de la existencia. Sentíase crujir y deshelarse el armazón de las estructuras. Alzábanse los hijos contra los padres, ardían las guerras civiles, conocíanse inquietudes que jamás ocuparon la mente de los hombres. Los sabios escudriñaban los viejos textos, buscaban en los libros sagrados la explicación de cuanto ocurría, y ya en las páginas del *Popol Vuj*, ya en el libro de Chilam, y en las Leyendas de las Generaciones, descifraban los mensajes dejados allí por los profetas de antaño. Ahora se comprendía el valor de la reforma religiosa y política ensayada por el civilizador Quetzalcóatl, “Serpiente emplumada”, hacía unos trescientos años. Pensemos en Campanella y en Moro. Ahora los eruditos sacaban a flor de tierra los viejos documentos, los códices olvidados, los testamentos. Una gran sed de saber, de explicarse la historia, de desentrañar el misterio de la existencia, recorría los reinos. Para los filósofos de la vieja escuela, se trataba de una decadencia general de

las culturas, y preconizaban, con la muerte de los dioses, la pérdida del poderío de las naciones. Para los jóvenes pensadores, audaces, revolucionarios, confiados en el futuro, aquella fiebre, aquella inquietud, aquel resquebrajarse de estructuras no significaba sino que los reinos se aprestaban a vivir una nueva existencia. A medida que se aproximaba el fin del siglo, crecían las esperanzas, porque siempre los humanos creen que al morir un siglo nace una nueva vida. Aquel año de 1492 había estado particularmente cargado de malas noticias, de inquietudes, de inseguridad. Hasta los más revoltosos veían con alegría la llegada del mes de octubre, que en las calendas de las regiones centrales llevaba el nombre de Teotleco, es decir, de la *Llegada de los dioses*. Porque desde los tiempos de la gran reforma, el día 4 de octubre daba comienzo en los reinos un mes lleno de fiestas especiales; eran los festejos para hacerse gratos a los dioses nuevos...

VI

En un lugar de América, el día 11 de octubre de 1492, jueves ya anochecido, un hombre mira largamente el cielo. Es un artista, un meditador, un amigo de concentrar sus pensamientos. Una vez más, piensa en el enigma del tiempo. En esta noche que sin él proponérselo le parece noche distinta a todas, y mientras el cielo se le figura lleno de signos, piensa en los graves tiempos que viven los humanos. Guerras, sufrimientos, miedo al porvenir, todo lo triste y todo lo estéril parece precipitarse en derredor. Hay revoluciones y amenazas, conmociones de los antiguos reinos, hundimientos de príncipes y de potestades. El Viejo Mundo, el mundo conocido y amado hasta hace poco; el que venía, sólido y orgulloso, desde la noche de los siglos, se estremece, pierde majestad y parece hundirse sin remedio y disgregarse, como se hunde el sol en el océano.

Pero en esta rara noche, el hombre que piensa embebido en las constelaciones no puede, aunque la amarga reflexión debería conducirle a la desesperación como en tantas ocasiones, no puede anegarse en la tristeza. Él no sabe de dónde ni por qué, en esta noche le canta en lo íntimo una serena alegría. Él no puede decir racionalmente en qué asienta su certidumbre de una nueva vida inmediata, de un horizonte maravilloso, de un cambio radical en la existencia de los reinos. Un impulso misterioso le lleva a decir definitivamente adiós, sin penas,

a un pasado que no ama. Él es de los que han pedido una y otra vez al cielo un poco de compasión, una respuesta. No quiere vivir entre guerras, ni odiar, ni quiere a unos dioses que piden la sangre de los humanos. Siente que en algún sitio tiene que haber nacido un Dios tan grande y tan poderoso de veras, que sea capaz de dar Él su sangre para aplacar la cólera de los hombres, y suavizarles el corazón, y hacerles totalmente humanos. Mira hacia los cielos en esta radiante noche de octubre, y se siente invadido por una viva y embriagadora esperanza. ¿De dónde viene esta ilusión? ¿Por qué los cielos dicen tanto? “¡Si fuera mañana!”, piensa el hombre. “Si mañana llegara la respuesta del cielo!”, sueña una y otra vez. Y arrullado por esta dulce esperanza se echa a dormir al raso, cara a las estrellas.

A lo lejos seguían resonando, como en todos los reinos, las músicas y danzas que los suyos hacían en honor de los dioses que llegan. (1962)



Códice Zouche-Nuttall –también conocido como Códice Tonindeye– es uno de los más hermosos códices mixtecos de la tradición prehispánica que sobrevivieron a la conquista de México. Se conserva actualmente en el Museo Británico, Londres.

BORGES: UN CLÁSICO AL ALCANCE DE LA MANO

Los días madrileños de Jorge Luis Borges en esta primavera de 1973 serán, como diría el propio Borges, “días memorables”.

En su visita anterior, apenas sonrió. Esta vez ha dado Borges una gran lección de humorismo, ese sentimiento, o sea pasión heroica, que como se sabe nace en los momentos de mayor tribulación del ser humano. La coraza (o la máscara) del humorismo revela más de lo que esconde. El Borges que se ha presentado aquí y ahora ha ofrecido la paradoja de ser más abierto, más visible, más “entregado”, precisamente cuando sus facultades físicas van más reducidas que en su viaje anterior.

Al patetismo que pudiera despertar el Borges de andar lento, el hombre ciego y necesitado de ayuda para descender del avión (bajar del cielo a la tierra es siempre una penosa experiencia), Borges se apresuró a borrarlo con la amplitud de su sonrisa y la fluencia de su humorismo. Esto, como estamparía Spengler, es tener “raza”; esto es, ser un hombre.

Quienes hemos crecido, madurado y envejecido en el mítico Borges (se vive en un autor como en un país de ensueño), poseemos consciencia de que la recompensa que se nos da por el amor a las letras es tropezarnos, de tiempo en tiempo, con un clásico vivo. Asistir a la presencia y a la vivencia de un clásico es una rara aventura, amén de una fuerte ventura. Yo he estado cerca, de paso, brevemente siempre, de algunos mitos literarios españoles e hispanoamericanos, y he podido confirmar una y otra vez cuánta razón tenía mi medio paisano Eugenio D’Ors diciendo aquello de “tocar cuerpo de sabio”. Se aprende mucho, de un golpe, contemplando a la persona viva, al mito en pie. Un clásico al alcance de la mano es un don del cielo.

Cuando vi por primera vez a Juan Ramón Jiménez, “vi” de un golpe toda su poesía. Me refiero al Juan Ramón callado, recogido, muy en rey moro destronado y melancólico, no al Juan Ramón en tertulia, que se hacía pura antipoesía y antijuanramón. Las personas de mucha vida interior no saben en realidad estar en público, rodeados por la gente, sirviendo el ritual siempre tonto de la conversación. Esa espantosa ceremonia que llaman coloquio, pequeña obra teatral siempre mal escrita y peor representada cada vez, no nos da sino una pequeña puerta para entrar en el santuario del personaje; pero es una puerta que, permitiéndonos entrar, lo que nos muestra al final del recorrido es que el personaje acaso esté allí, pero que la persona ha escapado.

Borges, esta vez, ha vivido dentro de eso que una frase estúpida llama “en olor de multitud”. El poderío de su nombre, la soberanía de su obra, consiguieron derribar la conspiración que ahoga a quienes no hacen el juego al marxismo-leninismo. Yo veía —a lo lejos, desde la distancia, porque no me gusta acercarme demasiado a mis dioses— el espectáculo increíble de un hombre de la dignidad literaria, humana y política de Borges, asistido sí por muchos admiradores sinceros de la creación literaria óptima, venga de donde venga, pero asistido también por algunos de estos cómicos *snoobs* que normalmente no se atreven a aplaudir un libro o festejar a un autor si antes no han recibido el “placet” de Moscú o de las embajadas comunistas.

Algún día se incluirá entre las hazañas de Borges no sólo haber escrito las maravillas que ha sumado al universo, sino esta victoria sobre la politiquería, el esnobismo y la sumisión a los dictados de la Internacional. Mucho me he sotorreído viendo al viejo gaucho acorralado, en ocasiones, por personas que juegan todos los días con la libertad humana y con independencia del escritor. Esos que hablan del escritor “comprometido”, eufemismo que oculta la verdadera definición que es “comprometido con el partido comunista de Moscú”, tuvieron que rendir banderas a un escritor ciertamente comprometido, pero no con viles consignas, sino con la misión de crear, iluminar, ir delante, que es la consustancial del artista. Borges ha hecho más por Argentina, por todo el pueblo argentino, que los perturbadores de oficio, los escritores vendidos, los demagogos y los terroristas. Ya es irremovible, por supuesto, pero en el caso de que pudiera realizarse una cirugía para cortar a Borges de lo argentino, eso argentino se quedaría disminuido.

Por eso este hombre, que ha estado aquí en estos días tan al alcance de la mano, es un clásico. Él ha contribuido como pocos a la utilización correcta de la imaginación y al crecimiento mental del hombre americano. Frente al novelista notario, frente al heredero de Zola, que no advierte lo innecesario de su esfuerzo cuando la sociología, la estadística, la prensa, la política activa, el documento cuentan puntualmente lo que ocurre, se levanta el novelista-fabulador, el creador, el imaginativo, y ensancha el mundo.

Es en esa dimensión de usufructuario de una magia donde Borges se sitúa a la cabeza de cuantos escriben en Hispanoamérica. Borges ha llegado al símbolo. Maneja un universo cerrado, laberíntico, muy inscrito entre cuatro paredes si se quiere, pero el recinto acotado por él da, por un lado, a la eternidad, y por otro, al espacio abierto (abierto y no obstante mensurable, como en la paradoja de Aquiles). Viéndole en carne y hueso, aquí y ahora, se piensa en la hermosa guerra del hombre contra el tiempo. Borges tiene años, pero no está viejo. Estar viejo es estar mentalmente acabado, quedarse sin imaginación, aceptar los límites. Dentro del eterno retorno no hay juventud ni vejez, porque el eterno retorno —y esa es, en esencia, la filosofía de la obra de Borges— es intemporal, ni comienza ni concluye. La parábola del judío errante es la fuerza impulsadora de un artista como Borges.

Y esto, que era hasta hace poco una metáfora de su existencia, se le ha convertido a Borges en una realidad. Errar, desterrarse, ir de aquí para allá, estar en todas partes y en ninguna, ¡qué maravilloso final en el fondo para un peregrinador, para un viajero de tierras tan extrañas, de caminos tan inextricables! Ver encarnarse una metáfora es la aspiración suprema de un poeta. Borges está siendo y viviendo en estos momentos esa encarnación. Imagino que su sabio sonreír de esta hora, su humorismo tan subrayado y patente en esta trágica etapa de su vida, signifiquen que ha echado a andar con su Buenos Aires a cuestas. En sus años de juventud escribía Borges que todo el tiempo que vivió en Europa, fuera de Buenos Aires, fue un tiempo ilusorio, porque él siempre estuvo (estaba) en Buenos Aires. Ahora, en estos años de blanca cabeza y andar claudente, muestra un aplomo, una serenidad ante la desdicha, un sosiego ante la desesperación, que pregonan la misteriosa, pero muy cierta verdad de que lleva con él cuanto es más suyo. El “*omnia mecum porto*” de los estoicos es su reino. Jorge Luis Borges: un hombre ante el sendero que no lleva a ninguna parte, con un bastón o báculo en la mano, con una vasta

luz interior, ¡y con la memoria!, ¡con toda la memoria intacta!, ¿qué más puede pedirse, después de todo? Ha sido tan perfecta su obra de escritor, que hasta en su propia persona nos da la imagen de un gran poema de desdicha. Edipo ciego, anciano trashumante. Borges era, desde hace mucho tiempo, una metáfora de un escritor bastante irreal que se llamaba Jorge Luis Borges. Hoy, cuando ya es un clásico, un clasificado entre los intemporales, deja de ser metáfora y se convierte en un puro y desnudo hombre de carne y hueso, es decir, se convierte en una sombra luminosa, tal como la soñara incesantemente el profeta de sí mismo, el poeta:

El bastón, las monedas, el llavero,
La dócil cerradura, las tardías
Notas que no leerán los pocos días
Que me quedan, los naipes y el tablero,
Un libro y en sus páginas la ajada
Violeta, monumento de una tarde
Sin duda inolvidable y ya olvidada,
El rojo espejo occidental en que arde
Una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como tácitos esclavos,
Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido:
No sabrán nunca que nos hemos ido.

[1973]

GASTÓN BAQUERO

La visibilidad de lo oculto



Selección y edición
Humberto López Cruz

ehc
editorial hispano cubana

Una señal menuda
sobre el pecho del astro

GASTÓN
BAQUERO
ENSAYOS

con la luz